

Franco Riquelme. (Septiembre/Diciembre 2025). Subjetividad y estructura social en Argentina (2001-2015). *Folia Histórica del Nordeste*, N° 54, pp. 269-290. DOI: <https://doi.org/10.30972/fhn.548937>

La revista se publica bajo licencia Creative Commons, del tipo Atribución No Comercial. Al ser una revista de acceso abierto, la reproducción, copia, lectura o impresión de los trabajos no tiene costo alguno ni requiere proceso de identificación previa. La publicación por parte de terceros será autorizada por *Folia Histórica del Nordeste* toda vez que se la reconozca debidamente y en forma explícita como lugar de publicación del original.

Folia Histórica del Nordeste solicita sin excepción a los autores una declaración de originalidad de sus trabajos, esperando de este modo su adhesión a normas básicas de ética del trabajo intelectual.

Asimismo, los autores ceden a *Folia Histórica del Nordeste* los derechos de publicidad de sus trabajos, toda vez que hayan sido admitidos como parte de alguno de sus números. Ello no obstante, retienen los derechos de propiedad intelectual y responsabilidad ética así como la posibilidad de dar difusión propia por los medios que consideren. Declara asimismo que no comprende costos a los autores, relativos al envío de sus artículos o a su procesamiento y edición.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)



Contacto:

foliahistorica@gmail.com

<https://iighi.conicet.gov.ar/publicaciones-periodicas/revista-folia-historica-del-nordeste>

<https://revistas.unne.edu.ar/index.php/fhn>

SUBJETIVIDAD Y ESTRUCTURA SOCIAL EN ARGENTINA (2001-2015)

Subjectivity and Social Structure in Argentina (2001-2015)

Franco Riquelme*

<https://orcid.org/0009-0008-8575-5184>

Resumen

El presente artículo académico es abordado desde la Historia Social y tiene como objetivo principal analizar la estructura social de Argentina entre los años 2001 y 2015 donde he considerado necesario recuperar la categoría de totalidad y por ello se compararán algunas situaciones históricas con otras regiones de Nuestra América. Asimismo, en el periodo señalado, me refiero a un abordaje entre el patrón de acumulación de la valorización financiera y su correlato con el establecimiento del Consenso de Washington o llamado “neoliberalismo” como ciclo sistemático de acumulación en todo el sistema mundo-capitalista. Así, he considerado el examen de la formación económico-social que se desarrolló en la Argentina durante el 2001-2015 y de allí que he considerado algunos planteamientos iniciales ¿desde qué perspectiva teórico-metodológica explicar la estructura social? ¿cuáles son las problemáticas societales a comienzos del siglo XXI? La hipótesis que planteo es que la movilidad social ascendente en Argentina ocultó la conciencia de clase entre el 2001-2015.

<Estructura social> <totalidad> <clase social y conciencia de clase>

Abstract

This article draws from the perspective of Social History and its main objective is to analyze the social structure of Argentina between 2001 and 2015, where I have considered it necessary to recover the category of totality. Therefore, some historical situations will be compared with other regions of Our America. In addition, in the aforementioned period I refer to an approach located halfway between the pattern of accumulation of financial valorization and its correlate with the establishment of the Washington Consensus, or so-called ‘neoliberalism’, as a systemic cycle of accumulation in the whole world-capitalist system. Thus, I have considered the examination of the economic-social formation developed in Argentina during 2001-2015, and from there I have considered some initial considerations: from which theoretical-methodological perspective could we explain the social structure? Which are the societal problematics at the beginning of the 21st century? The hypothesis I propose is that upward social mobility in Argentina occluded class consciousness between 2001-2015.

<Social structure> <totality> <social class and class consciousness>

Recibido: 27/02/2025 // Aceptado: 10/06/2025

* Licenciado en Historia. Docente en Historia en Instituto Provincial de Educación Superior “Paulo Freire” (Río Grande, Tierra del Fuego). francoriquelme416@gmail.com

Introducción

Este escrito tiene como objetivo analizar la estructura social de Argentina entre los años 2001 y 2015, cuando es necesario recuperar el sentido de totalidad y, por ello, se compararán algunas situaciones históricas con otras regiones de Nuestra América. Asimismo, en el periodo mencionado se estableció en todo el continente el patrón de acumulación de la valorización financiera que tiene su correlato con el establecimiento del Consenso de Washington o llamado “neoliberalismo” como ciclo sistémico de acumulación en todo el sistema mundo-capitalista.

Así, es interesante examinar la formación económico-social que se desarrolló en la Argentina durante el 2001-2015 y de allí que he considerado algunos planteamientos iniciales ¿desde qué perspectiva teórico-metodológica explicar la estructura social? ¿Cuáles son las problemáticas societales a comienzos del siglo XXI? ¿Cómo se autoperciben los sujetos en la estructura de clases en la Argentina entre 2001 y 2015? ¿Qué factores influyen en el posicionamiento subjetivo de clase? A partir de estos interrogantes es que planteo la hipótesis de que la movilidad social ascendente en Argentina ocluyó la conciencia de clase entre el 2001-2015. Para el periodo señalado, expongo, en los siguientes apartados, una serie de “cortes temporales” que permiten comprender y explicar la correlación entre la movilidad social, el patrón de acumulación del capital y las percepciones de clase en la Argentina (que han posibilitado hasta nuestra actualidad crear modelos subjetivos de posicionamiento social). Asimismo, las fuentes empíricas que permitieron la construcción del objetivo principal y la hipótesis de este artículo se elaboran a partir de la Encuesta Mundial de Valores (*World Values Survey*) y la Encuesta Nacional sobre la Estructura social de la Argentina y Políticas Públicas relevada en la Argentina; en ambos casos, ha sido de gran valor la formación de gráficos elaborados por los sociólogos argentinos Gonzalo Assusa y José Javier Rodríguez de la Fuente.

Considero que son interrogantes que no solo posibilitan comprender el pasado reciente de Argentina y lo latinoamericano sino también la coyuntura presente (2023-2024), donde sectores populares (en términos generales) han apoyado y apoyan políticas de derechas. De ahí que me interese fortísimamente desarrollar la autoperccepción de clase donde una gran parte de la población argentina tiende a identificarse dentro de la clase media. En todo caso, para no generar una inflación semántica de los conceptos, pretendo desarrollarlos en los próximos apartados teniendo como hipótesis central que la movilidad social ascendente ocluye la conciencia de clase y, por otro lado, el problema de que la desigualdad y la pobreza son un núcleo duro para comprender la formación económica social en el sistema capitalista. Asimismo, el aporte original de este trabajo reside principalmente en el análisis de los datos presentados en los gráficos sobre el posicionamiento subjetivo de clase social en Argentina.

Como plantea Erik Olin Wright (2015), las clases sociales no son únicamente posiciones estructurales definidas por el lugar que se ocupa en la producción, sino también espacios simbólicos desde donde los sujetos interpretan su lugar en la sociedad. La conciencia de clase o el posicionamiento subjetivo no siempre coincide con la ubicación objetiva, aunque sí puede estar influido por ella. Añado algo más, según Wright (2015,

p. 239), la pobreza puede entenderse como la consecuencia de una ubicación estructural desventajosa dentro de las relaciones de clase, particularmente aquella que priva a los individuos del control sobre los medios de producción, del poder organizacional en el trabajo, y del acceso a mecanismos redistributivos efectivos.

Por otra parte, este artículo está basado en análisis de datos secundarios provenientes de la Encuesta Nacional de la Deuda Social Argentina (EDSA) elaborada por el Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina (UCA). Específicamente, se trabaja con los resultados de las rondas realizadas entre los años 2007 y 2015, que incluyen preguntas sobre autodefinición de clase social. Asimismo, la variable central abordada es el posicionamiento subjetivo de clase, es decir, la manera en que los individuos perciben su pertenencia de clase dentro de un esquema propuesto por el cuestionario. Las opciones ofrecidas por la encuesta incluyen: clase alta (burguesía), clase media alta, clase media baja y clase baja (proletariado). Estas categorías permiten observar la autopercepción en un espectro continuo que difiere del análisis estructural clásico de clases.

A través de la construcción de gráficos de barras y de evolución temporal, se examinan las proporciones de autoadscripción en cada categoría durante el periodo 2007-2015. Esta metodología busca captar no solo la distribución, sino también las transformaciones en la subjetividad social, especialmente en el marco de los cambios socioeconómicos del periodo poscrisis de 2001 y el ciclo kirchnerista. Todo esto complementa el análisis con una reflexión teórica basada en Erik Olin Wright, Pierre Bourdieu y la sociología crítica, con el objetivo de identificar tensiones entre la posición objetiva y la representación subjetiva de clase. Como aprendiz académico, soy consciente de que, si bien este tipo de análisis no permite una reconstrucción completa de las condiciones materiales de existencia de los sujetos, sí ofrece indicios relevantes para comprender cómo se nombran, imaginan y ubican a sí mismos dentro de una sociedad estructurada por desigualdades.

Invocando al genio de la estratificación y estructura social: Gino Germani

Raúl Atria (2004), en su obra *Estructura ocupacional, estructura social y clases sociales*, recupera el abordaje de modernización de Gino Germani cuando este sostuvo que “las tendencias de la estratificación social latinoamericana no se ajustan plenamente a este modelo de transición temprana al capitalismo que rigió en los países del norte” (2004, p. 16). De este modo, la especificidad latinoamericana estuvo, según el intelectual italiano, en el patrón de acumulación de capital primario-exportador con industrialización retrasada. Ahora bien, esto se comprende mejor al definir la modernidad como “rasgo definitorio de la cultura de una época” y luego Atria aclara que la modernización es una “tecnología de la transformación de esa cultura, a veces en *forma contradictoria pero también a veces reforzándose mutuamente*” (2004, p. 7, itálicas mías). Me interesan estas afirmaciones debido a que la modernidad es sugerida como un signo de época (social y cultural) que puede estancarse o desarrollarse dependiendo de la tecnología, es decir, de la materia económica en cuanto se trata de producción, distribución y consumo.

Según Atria, la revolución tecnológica latinoamericana, está condicionada por dos etapas: a) producción material y b) producción de conocimiento. Dicho esto, el texto de Atria pareciera dejar implícitamente un interrogante clave ¿en lo que va del siglo XXI sigue estando vigente el trípode conceptual de modernidad, modernización y desarrollo latinoamericano? Una pista de ello es sostener que “uno de los postulados más generales que está en el debate contemporáneo acerca de los rasgos propios de la sociedad moderna sostiene que ésta es una sociedad que en sus prácticas e instituciones afirma el valor de la equidad social y tiende en concreto hacia ella” (Atria, 2004, p. 9). Sin embargo, considero que la proposición es demasiado frágil si uno lo presiona en el “firmamento” (realidad social) debido a los regímenes de gobierno, las clases sociales, el patrón de acumulación del capital y su correlato con el ciclo sistémico de acumulación. Por otra parte, el sociólogo José Medina Echavarría analizó que “los cambios que se producen en la estratificación se vinculan de manera casi directa a los cambios de la estructura económica. La creciente ampliación de las ciudades redujo aceleradamente a los grupos rurales, con un cambio general en el patrón de las clases sociales” (Atria, 2004, p. 17). En una sintonía afín, Florestán Fernandes consideró que en América Latina la cuestión de clases sociales y el capitalismo son el resultado de un desarrollo político-social externo y, por este motivo, se explicaría la incapacidad de promover un mercado autónomo que tenga como base el “crecimiento autosustentado” (Atria, 2004, p. 17).

Con todo lo dicho hasta aquí, me interesa exponer la sugerencia de que el conflicto social pasa, en buena medida, por la distribución del capital. En el buen castellano, tener acceso a los bienes materiales fundamentales: alimentación, salud, vivienda y trabajo. La apertura, restricción y/o exclusión a estos derechos humanos tiene su correlato con las clases sociales. Para ser más claro, en términos descriptivos considero que “la burguesía se caracteriza por disponer de la propiedad económica y del control social sobre los medios materiales de producción y sobre la fuerza de trabajo; el proletariado que carece de propiedad y control; y la pequeña burguesía que posee y controla sus medios de producción sin controlar aún la fuerza de trabajo ajena” (Atria, 2004, p. 23). Entonces es dable cuestionarse ¿De qué manera las clases sociales están condicionadas por una estructura de trabajo y educación que se refuerza generacionalmente? Y si pensamos en el legado intelectual de Gino Germani ¿cuáles han sido los patrones de movilidad social? Una primera exploración de ello fue durante las décadas de 1950 y 1960 donde descuellan los aportes académicos de “Labens y Solari (1961) en Montevideo, Germani (1963) en Buenos Aires, Raczyński (1972) en Santiago de Chile, Balán, Browning y Jelin (1977) en Monterrey, Muñoz y Oliveira (1973) en la Ciudad de México, y Pastore (1979) en Brasil” (Solís *et al.*, 2016, p.12).

En todos los casos, se trató de analizar la movilidad social a partir del cambio de época: desarrollo industrial y urbano, expansión educativa, la migración rural hacia la ciudad y el auge del patrón de acumulación del capital industrial por sustitución de importaciones. Todas estas variables de análisis han llegado a una conclusión respecto a la movilidad social y es que se considera “el campo más amplio de la estratificación social” (Solís *et al.*, 2016, p. 7) donde que hay que detectar “cuáles son las posiciones sociales que componen la estructura social y que brindan acceso a los diferentes recursos” (2016, p. 8).

A mediados del siglo XX, en el terreno de las Ciencias Sociales adquirió importancia la condición del desarrollo económico en Nuestra América debido a “su doble carácter de condicionante esencial de la dinámica de transformación (...) y de determinante de la especificidad que representaban como sociedad” (Faletto, 1993, p. 164). Como se explicita en el título de este apartado, un intelectual destacado en la estructura social fue Gino Germani (1955 y 1968), cuyos estudios trascendieron a la Argentina para difundirse por otras regiones latinoamericanas. El aporte de Germani, sintéticamente dicho, fue poner como ejercicio de análisis los procesos de modernización societales porque me interesa destacar la variable de la “sociedad moderna” donde se presentan pluralidad de estratos sociales y cuyas fronteras son difusas por su propio carácter continuo, dinámico. Por otra parte, Faletto recupera una operación teórico-metodológica del intelectual italiano para el análisis de la estratificación donde hay que tener presente lo siguiente:

la necesidad de abordar el conocimiento de la estructura ocupacional de la población, la jerarquía que se atribuía a las diferentes ocupaciones de acuerdo con las pautas socioculturales dominantes, y el tipo de vida que caracterizaba a las diferentes ocupaciones, considerando tanto el nivel económico como (...) los niveles de instrucción. Asignó importancia también a la autoidentificación de las personas en las diferentes ocupaciones con una u otra clase social, y a los distintos sistemas de actitudes, normas y valores que correspondían a los diversos grupos ocupacionales y que marcaban diferencia entre ellos. (1993, p. 165)

Asimismo, José Medina Echevarría consideró tener presente en el pasaje de sociedades agrarias a industriales “el principio de la adscripción (que tendió) a ser reemplazado por el del mérito y de la sociedad estamental o de castas se pasaba a la sociedad de clases” (Faletto, 1993, p. 166). A esta cuestión, Faletto reflexiona que entre la sociedad estamental y la industrial hay un núcleo duro en la propuesta de Echavarría y es la permeabilidad latinoamericana respecto a los sistemas de dominación, es decir, la adopción al cambio para la conservación del poder lo que demuestra la capacidad estratégica de la clase y/o grupo dominante para la toma de decisiones en determinadas coyunturas históricas. De este modo, puede explicarse la “coexistencia de lo tradicional y lo moderno” (1993, p. 167). Faletto menciona que entre las décadas de 1960 y 1980 la composición de la clase obrera se hizo más heterogénea en una mirada cualitativa que ponía el énfasis en viejos y nuevos obreros. Los ‘viejos obreros’ correspondían, pues, a la formación del patrón de acumulación de industrialización por sustitución de importaciones (1940-1970) y los ‘nuevos obreros’ eran resultados de los procesos de migración interna y de expansión acelerada de la industria. En ambos casos, “la formación de una identidad de clase pareció siempre un hecho difícil, en especial, a lo que respecta a la definición de intereses comunes” (Faletto, 1993, p. 176).

Respecto a la cuestión campesina, los estudios latinoamericanos han tenido sus inicios desde la disciplina antropológica ya sea para describir la estructura y/o comportamiento social. El campesinado vendría a ser considerado como aquel “segmento de la población de las áreas rurales que pertenece a las capas económica y socialmente dominadas, esto con prescindencia del rol específico que puedan desempeñar y puede incluir a jornaleros, colonos, minifundistas, pequeños comerciantes, artesanos, estudiantes, entre otros” (Faletto, 1993, p. 176). Aunque también el campesinado —recuperando Faletto los aportes de Stinchcombe (1961-1962)— puede distinguirse por el tipo de empresa agrícola pudiendo ser la *hacienda* que se caracterizó por una lógica señorial y distribución dual de la tierra, es decir, pequeños lotes a cargo de campesinos para el desarrollo de una economía de subsistencia. Una segunda posibilidad es la *plantación* que se especializa en la producción de monocultivos y sobreexplotación de la fuerza de trabajo y requiere de altas inversiones a largo plazo por la tecnología y los circuitos del mercado mundial. Asimismo, otra vía campesina es la *estancia* donde se práctica una combinación entre ganadería y agricultura con mano de obra asalariada, barata, fluctuante y con baja inversión de capital.

Dicho esto, la estratificación social es, según Carlos Filgueira y Carlo Geneletti “la distribución de individuos en grupos de status diferentes, cualquiera sea el sistema de rango, es decir, cualquiera sea la propiedad que define un status determinado” (1981, p. 13). Es más, los autores añaden que “cualquier estructura de estratificación es un sistema de clasificación de individuos o grupos” (1981, p. 13). En América Latina, hay diferentes niveles de movilidad social, de los cuales quisiera destacar los siguientes: 1) movilidad individual que tiene un carácter dinámico ascendente o descendente y desde mediados del siglo pasado se ha considerado como “el indicador por excelencia de permeabilidad del sistema de estratificación social” (Filgueira y Geneletti, 1981, p. 14). En la movilidad individual están los rasgos, el núcleo duro, del capitalismo que es la competencia y el egoísmo para la apropiación de la distribución de la riqueza de manera inequitativa. Por otro lado, 2) la movilidad demográfica donde se considera que “algunas clases (sociales) se reproducen de modo intergeneracional en mayor proporción que otras” (1981, p. 15). Sin embargo, considero que esta perspectiva es la más débil teóricamente por carecer de basamentos empíricos concretos. Otra perspectiva es, 3) movilidad social por movimientos migratorios ya sean de migración o inmigración en el territorio latinoamericano donde descuelga la circulación de movimientos del campo a las ciudades. Por último, 4) está la movilidad por cuestiones tecnológicas que pueden afectar positiva o negativamente el desarrollo de ciertos dispositivos técnicos para diferentes tipos de trabajo.

Así, en todas las variables de análisis respecto a la movilidad social, hay una cuestión presente a mi entender que es considerar “el trabajo manual, especialmente en las culturas occidentales (...) inferior al trabajo no manual. No necesitamos recordar que una de las expresiones concretas de la maldición divina en contra de Adán era que se le condenaba a ganar el pan con el sudor de su frente” (Filgueira y Geneletti, 1981, p. 23). Esta cuestión ha dado lugar a una concepción negativa del esfuerzo físico en el trabajo. Quizás por ello, “el ascenso más importante en la escala social consiste en pasar de un trabajo manual a uno de oficina, ‘del guardapolvo al cuello blanco’” (1981, p. 23).

Las clases sociales en Argentina con extensión a Nuestra América

¿Desde qué perspectiva teórico-metodológica analizar las clases sociales? Y aquí puede ser desde funcionalistas, estructuralistas, de la modernización, entre tantos. Por mi parte, adhiero a la Sociología Histórica por su potencial explicativo a partir de su objeto de estudio que es el cambio social (permanencias y transformaciones) a través de diferentes ritmos de tiempo y la metodología que, por excelencia es, la comparación entre sociedades.

En este sentido, la noción de clase social no puede comprenderse de manera aislada, sino en la tensión entre las condiciones materiales de producción y los principios igualitarios que proclama la democracia moderna. Al referirme a la modernidad hay debe prestarse atención a que “las clases sociales nacen pues del encuentro contradictorio entre la igualdad democrática y la división del trabajo capitalista” (Dubet, 2020, p. 22). La existencia de las clases sociales solo es posible mediante la producción y reproducción de desigualdades que es sostenida por una estructura productiva (formación social-económica) y también por una ideología (conciencia de clase). De este modo, podemos advertir cómo se configura la representación política en cada sociedad capitalista, teniendo presente que “en todas partes se establecieron izquierdas y derechas que supuestamente representaban clases, sus intereses y su visión del mundo” (2020, p. 23). Ahora bien, si consideramos que el poder estatal es controlado por una clase social (dirigente y/o dominante), hay un interrogante clave y es ¿de qué manera se concretan las prácticas, representaciones clasistas? El desarrollo de esta problemática permite explicar las estructuras sociales de las desigualdades que están presentes en diferentes ámbitos de la sociedad que van desde la educación, la realización de algún deporte, tiempos de ocio, creatividad, entre otros. Más precisamente, “el régimen de desigualdades múltiples no es una crisis, un mal momento que hay que pasar, sino un rasgo estructural de nuestras sociedades” (Dubet, 2020, p. 47).

Desde una concepción marxista, el desarrollo de las clases sociales está dado por la posición relacional con los medios de producción, por la participación en producción social económica la cual se encuentra regulado por una estructura jurídica que posibilita las condiciones de apropiación del trabajo creado una clase social sobre otra. Por otra parte, los aportes weberianos son interesantes para comprender que las clases sociales están asociadas al lugar que se ocupa en la institución del mercado: derechos de monopolio, franquicias, etc., capacidad adquisitiva, tipo de trabajo, posesión (o no) de recursos. Además de esto, Weber incorpora la situación de estamento a partir de consideraciones como el honor, status, prestigio u otras condecoraciones societales que reproducen desigualdades.

Así, tanto en Marx como en Weber hay una veta en común y es que los procesos sociales, es decir, la formación de las clases sociales está dada por los circuitos de la economía: producción, distribución y consumo de bienes que aseguren una vida digna o, en el peor de los casos, la sobrevivencia. La diferencia entre ambos intelectuales está dada por la lógica en la que se condensan las clases sociales, Marx considera “la explotación del trabajo de parte de los propietarios de los medios de producción” y en el caso de Weber la cuestión estriba en “el mercado que asigna los recursos y sanciona/permite la distribución del ingreso a que da lugar la producción económica” (Sautu, 2011, p. 57).

En América Latina, la pertenencia de la clase media a está asociada un grupo de trabajadores/as no manuales. Es una verdad de perogrullo que pertenecer a la clase media es una especie de “cual vasija de barro entre ollas de hierro” (Filgueira y Geneletti, 1981, p. 57) pudiendo ser subsumida por la burguesía y/o el proletariado. El dinamismo de clase media corresponde al crecimiento económico, la educación y la acelerada urbanización (modernización). Además, me gustaría resaltar la relevancia de la sociología y la economía, que se han centrado principalmente en el mercado laboral, analizando el tamaño del empleo y la distribución sectorial. En relación con estas variables e indicadores, ¿qué condiciones presenta la clase media latinoamericana? Cualquier respuesta debe considerar, en mi opinión, el papel del Estado y la composición del empleo público en una sociedad capitalista. Así, la complejidad de las clases medias radica en un núcleo cualitativo sólido a lo largo del tiempo, en el que han emergido diversas fracciones sociales, a menudo contradictorias, en términos de ideología, intereses comunes y sentido de pertenencia.

Apelando a una mirada de larga duración, la pertenencia a una clase social en América Latina es fluctuante y mucho más en tiempos de crisis político-económica, como fue la década de 1980, que requirió de “investigaciones sobre desigualdad urbana y pobreza, ya no asociada a sectores excluidos del desarrollo, sino una nueva, generada por la ‘desestabilización’ de grupos sociales integrados a este; o de mediación de pobreza para establecer, vía ingresos, cómo focalizar subsidios a los verdaderamente necesitados” (Boccardo Bosoni, 2011, p. 2). Posteriormente, la aplicación de las políticas económicas del Consenso de Washington modificó la estructura social latinoamericana. De allí, la necesidad que para comprender y explicar el comportamiento de las clases sea necesario articular el Estado con la economía. Esta combinación en cada sociedad —teniendo en cuenta cada situación histórica— ha dado lugar al desarrollo de modernidades heterogéneas. En Argentina:

tras la crisis heredada del periodo militar y la transición (democrática), dejó atrás aquella sociedad caracterizada por una movilidad social ascendente creciente (...) (por) un mayor desempleo, desigualdad social y el empobrecimiento de las ocupaciones (...) que comenzaron a vivir sectores medios y pobres. (Boccardo Bosoni, 2011, p. 9)

Un caso similar para comparar fue Brasil, donde se conservó la estructura de urbanización y la capacidad laboral en la década de 1980. Empero, esta cuestión tomó otros jirones a mediados de 1990, cuando se establecieron “privatizaciones de las empresas estatales, la disminución sistemática de las protecciones a las industrias oligopólica y el arribo de nuevos capitales extranjeros, ‘diversificaron’ el mundo empresarial (...) afectando a los obreros (...) de las principales regiones metropolitanas” (Boccardo Bosoni, 2011, p. 12). A partir de allí, la clase media ha perdido fuerza adquisitiva y grupos medios heterogéneos que están en la delgada línea de situarse en la pobreza y depender de programas gubernamentales como Plan Bolsa Familia. Por otro lado, el sistema educacional “no ha generado necesariamente una movilidad para

el conjunto de la población brasileña” (Boccardo Bosoni, 2011, p. 14). Quizás el país chileno sea diferente al rumbo político-económico si lo comparamos con Argentina y Brasil, pues se estableció un modelo de crecimiento adaptado, una radicalización del capitalismo financiero que forzó la “descampesinización y la consiguiente asalarización del trabajo agrícola de mediados de los ochenta, no sólo terminan por predominar en forma prácticamente absoluta en la actualidad; sino que la antigua división entre un mundo rural y otro urbano claramente diferenciados acaba por quedar obsoleta frente al nuevo panorama” (Boccardo Bosoni, 2011, p. 14).

Retomo el caso argentino. El intelectual Manuel Riveiro sostiene que en la Argentina se han realizado estudios formidables sobre la estratificación y clases sociales, pero se prestó poca atención a la cuestión del género dentro de la movilidad social. El periodo de análisis elegido, 2007-2010, es de corto alcance, aunque recupera una mirada de larga duración al tener presente los patrones de acumulación del capital del siglo pasado, es decir, el primario-exportador (1870-1930), la industrialización por sustitución de importaciones (1930-1970) y la valorización financiera que se originó en la década de 1970 y llega a nuestro presente (2024). En cada patrón de acumulación del capital, se han conformado estructuras ocupacionales conforme a la necesidad económica y los intereses de la clase social dominante.

De este modo, me interesa relacionar las clases sociales con la cuestión de género, un aspecto que puede ser de análisis sistémico para una mejor explicación. Sin embargo, me detendré en algunas proposiciones que articulan ambas categorías analíticas, siendo: 1) el servicio doméstico, 2) asalariadas de los servicios públicos, 3) ocupaciones de baja calificación del comercio y servicios privados, y, por último, 4) ocupaciones de alta calificación en servicios privados (Riveiro, 2011). Asimismo, es importante recordar que la segregación ocupacional afecta tanto a hombres como a mujeres, ya que en las últimas décadas ha sido una característica de la estructura social en su conjunto. Esto sigue siendo un indicador patriarcal, a pesar de algunas mejoras sociales y políticas. “las mujeres tienen una inserción de menos horas, con menores ingresos y calificación en el mercado de trabajo que los varones” (Riveiro, 2011, p. 9).

Todo lo mencionado anteriormente ha sido desarrollado por Manuel Riveiro desde una metodología cualitativa y cuantitativa al analizar muestras nacionales, probabilísticas y estratificadas en base al Censo del 2001 donde las clases sociales son entendidas como posiciones económicas a partir “del mercado de trabajo y las unidades de producción (...) en términos de las relaciones de empleo que se traban entre ellas” (Riveiro, 2011, p. 10). Así, recuperando la totalidad latinoamericana puede explicarse que nuestras regiones son las más desiguales del mundo que no debe confundirse con pobreza, sino que “la décima parte más rica concentra hasta el 50 % de los ingresos nacionales” (Segura, 2014, p. 1). Y esto, de manera inequívoca, produce diferentes desigualdades en todas las materias de la sociedad, inclusive en los derechos fundamentales de hombres y mujeres como la educación, la salud y vivienda, por mencionar algunos.

Para continuar con el desarrollo analítico, considero relevante incluir, además del género dentro de la clase social, la cuestión étnica en el contexto latinoamericano.

Un ejemplo de esto es el papel de los indígenas en la configuración de relaciones de poder, como se evidenció hace unos años en Bolivia durante el gobierno de Evo Morales (2006-2019), quien lideró el partido Movimiento al Socialismo (MAS). Junto a Álvaro García Linera, un intelectual y funcionario, impulsaron entre 2008 y 2009 una reforma constitucional con un enfoque comunitario, estatal, cooperativo y privado. Este proyecto plusdemocrático buscaba radicalizar la democracia, garantizando derechos fundamentales y reconociendo a los pueblos indígenas, campesinos y comunidades afrobolivianas.

En una sintonía afín, se presenta el caso ecuatoriano, con una reforma constitucional en el 2008 durante el gobierno de Rafael Correa (2007-2017), referente del movimiento político Alianza País. En la Constitución se propuso formalizar la existencia de diversas organizaciones económicas como la asociativa, comunitaria y cooperativa que existían en el país, pero no reconocidas por el Estado. También se planteó redefinir los conceptos de ciudadanía, igualdad y libertad donde se reconoció el derecho a la interculturalidad y soberanía alimentaria. Si destaca los casos ecuatoriano y boliviano es para poner de relieve la persistencia de la matriz indígena en nuestro presente, aunque hoy 2024, las políticas económicas se han debilitado, jibarizado por las fuerzas políticas de las derechas en ambos casos.

Ahora bien, para el caso argentino hay una pregunta clave para el periodo 2001-2015 y es “¿en qué medida se ha modificado la tendencia a la polarización social y la cristalización en la base de la estructura de clases que caracterizó a la etapa de reestructuración capitalista neoliberal?” (Dalle *et al.*, 2015, p. 259). En el artículo *Reconsideraciones sobre el perfil de la estructura de estratificación y la movilidad social...*, los intelectuales Pablo Dalle *et al.* (2015) utilizaron “una metodología cuantitativa basada en el análisis de micro-datos de la encuesta de *Estratificación y movilidad social* de 2007 dirigida por el Dr. Raúl Jorrat en el IIGG-UBA (Instituto de Investigación Gino Germani en la Facultad de Buenos Aires)” (2015, p. 259). Asimismo, se realiza una comparación de la movilidad social de la década de 1960 con la década del 2000.

El análisis de la estratificación social a comienzos del siglo XXI se centra en la diversidad de las clases sociales, con un énfasis particular en el proletariado, que también se denomina clases populares según algunos autores. Según Dalle *et al.* (2015, p. 259), “desde nuestra perspectiva, coincidimos en que, en Argentina, al igual que en otras sociedades latinoamericanas, existe una estructura heterogénea en la que conviven sectores fuertemente diferenciados en cuanto a su nivel de productividad”. Este enfoque destaca la complejidad de las dinámicas sociales y económicas actuales, revelando que dentro de las clases populares hay variaciones significativas que afectan a su calidad de vida y oportunidades.

Dicho esto, considero necesario definir las clases sociales. En primer lugar, la consideración de “clases” es una construcción teórica que aglutina a hombres y mujeres dentro de un mismo colectivo social y que se diferencian de otros. En segundo lugar, las clases sociales son dinámicas dentro de las sociedades, es decir, van mutando. En tercer lugar, las sociedades de clases son definidas por las relaciones de propiedad (o no) y de ahí que sean una categoría analítica relacional (proletariado, media y burguesía). Para ser más

claro, una clase social se define por el ejercicio de poder y relaciones sociales que tiene en la producción económica. Es decir, el núcleo duro de las clases sociales que se mantiene dentro del sistema mundial capitalista es el conflicto por la apropiación de los recursos de capital (material y simbólico). De hecho, hay posiciones dentro de cada clase social y que son un campo fértil para analizar la sociedad argentina de comienzos del siglo XXI en el cual podemos considerar los siguientes indicadores: a) la ocupación social para verificar las relaciones de producción en que se encuentra el sujeto, b) los propietarios del capital siendo distinguidos por la capacidad de empleados que incorpora, c) nivel de autoridad para identificar grupos ocupacionales directivos y gerenciales de alto nivel.

A partir de este utilaje teórico y el análisis de datos realizado por los intelectuales, puede afirmarse que la clase alta (burguesa) “está integrada por medianos y grandes empresarios (...) que han acumulado un capital importante o cumplen una función nodal en los procesos de organización del trabajo” (Dalle *et al.*, 2015, p. 263). Por otro lado, la clase media se distingue a partir del pensamiento de Germani en dos niveles, uno superior y otro inferior. En el primer caso, “está conformado por quienes poseen credenciales profesionales (...), poseen ingresos comparativamente superiores a otros asalariados, además de mayores niveles de autonomía y decisión sobre tareas laborales. Encontramos aquí a los profesionales, tanto asalariados como autónomos y los directivos de nivel medio” (2015, p. 263). El otro rostro de la clase media es el estrato inferior que está “compuesto en mayor proporción por grupos asalariados como técnicos, empleados administrativos y docentes. (...) Por el lado de los autónomos (...) trabajadores cuenta propia, que poseen local propio o aquellos que no lo poseen, pero tienen capacitación técnica” (2015, pp. 263-264).

En cuanto a las clases populares (proletaria), “están conformadas por personas asalariadas o cuenta propia que llevan a cabo tareas manuales donde se establecen dos niveles a partir del estrato popular calificado/consolidado y, por otro lado, una clase popular no calificada y precarizada”. En el primer estrato de reconocimiento a la calificación productiva, se observan “las ramas de manufactura, logística/transporte, servicios básicos, construcción y comercio y servicios personales (...) que garantizan el acceso al sistema de jubilación, asignaciones familiares, obra social y convenios colectivos de trabajo” (Dalle *et al.*, 2015, p. 264). En cuanto al segundo estrato, son obreros y obreras que realizan las mismas ramas de trabajo mencionadas anteriormente sin tener, a cambio, un reconocimiento, una calificación laboral por lo cual se encuentran marginados en cuanto a los derechos fundamentales (salud, vivienda, educación, etc.), es decir, están en situación de precarización e inestabilidad laboral.

En el escenario poscrisis de 2001, sectores populares fueron progresivamente interpelados por discursos de derechización que apelan al orden, la eficiencia económica y la movilidad individual. En este sentido, la autoperccepción clasista que se observa en los gráficos puede no ser solo un dato de encuestas, sino parte de un proceso más amplio de subjetivación neoliberal que erosiona los vínculos entre desigualdad estructural y conciencia social. Si bien este trabajo no profundiza en las condiciones materiales de vida de los encuestados, los datos aquí presentados permiten plantear que la marginalidad

de las clases populares no se expresa únicamente en términos económicos, sino también como una forma de exclusión política y simbólica, donde la clase ya no opera como eje de identificación colectiva. Este es un terreno fértil para la consolidación de derechos sociales en sectores tradicionalmente subordinados. La autopercepción de clase, entonces, debe ser leída como un dispositivo clave para comprender las transformaciones recientes en la estructura y subjetividad social argentina.

Ahora bien, el concepto de marginalidad estructural no debe entenderse como sinónimo de exclusión absoluta, sino como una posición subordinada dentro del entramado económico y político, que se traduce tanto en limitaciones materiales como en procesos de deslegitimación simbólica. Asimismo, desde una perspectiva estructural, Erik Olin Wright (2015) permite pensar la marginalidad en términos de ubicación relacional en la estructura de clases: sectores que carecen de control sobre los recursos productivos, escasa capacidad de organización colectiva y limitaciones severas para disputar posiciones de poder. Así, la marginalidad se convierte en una condición estructuralmente generada por la lógica del capital, en la que los sectores populares son funcionales a la segmentación del mercado laboral y a la contención social en contextos de crisis.

Así, el objetivo de los autores ha sido “reconstruir el perfil de la estructura de clases a través de la distribución de recursos compartidos en los hogares” (Dalle *et al.*, 2015, p. 266). La metodología de estudiar a las clases sociales en las unidades domésticas corresponde a identificar al proveedor/a del hogar, habiendo diagnosticado de momento tres posibilidades. La primera es “aquellos que poseen un solo proveedor (o proveedora) con cónyuge inactivo”, en segundo lugar, hay hogares donde hay un “proveedor sin cónyuge” y, por último, el hogar donde “ambos cónyuges son proveedores” (2015, pp. 266-267). A partir de este constructo conceptual, los intelectuales establecieron una determinación de hogares de clase alta, media y baja teniendo en cuenta la apropiación de capital y recursos materiales y simbólicos del que pueden disponer. El resultado concluyente es que, en lo que va del siglo XXI, los niveles de ascenso social son bajos en comparación con la década de 1960, ya que los hogares populares siguen perteneciendo a la clase trabajadora. Según los autores, esto se traduce en una “amplitud de clase trabajadora consolidada” (2015, p. 276). Este fenómeno refleja la continuidad de las desigualdades sociales y la dificultad para que los sectores populares accedan a mejores condiciones económicas y sociales.

La autopercepción de clase social

A finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, se destacan en el ámbito de las ciencias sociales dos intelectuales devenidos en clásicos como: Karl Marx y Max Weber, que desarrollaron serias y agudas reflexiones acerca de las clases sociales y el cambio social. Ambos intelectuales forjaron categorías analíticas que siguen siendo un estímulo crítico y creativo para pensar nuestras sociedades. Sin embargo, hay que tener presente que esa lógica analítica debe adecuarse a las condiciones que presente cada realidad social en un contexto temporal-espacial (sociedades). Es decir, sería un error historiográfico aplicar de manera mecánica, general, cualquier teoría.

Ahora bien, más que tomar la autopercepción como una variable individual, puede leerse como expresión de procesos más amplios de inserción relacional. La perspectiva relacional de Wright (2015) permite situar la percepción de clase como producto de relaciones estructurales antes que como simple representación subjetiva. Por su parte, el intelectual Sautu plantea una proposición: “para entender las clases sociales hay que observar los procesos económicos. Para explicar los procesos económicos es necesario observar las clases sociales” (2011, p. 52). Coincido parcialmente con Sautu, debido a que personalmente prefiero utilizar la expresión de formación económica-social para explicar las clases sociales porque allí se condensa también la materia ideológica y jurídica. En este sentido, recupero el aporte del sociólogo Gonzalo Assusa y Mansilla cuando refiere que:

*las características asociadas a las propias identificaciones de clase de agentes ubicados en **distintas posiciones del espacio social** argentino. (Y desde allí indaga) por el lugar de consumo, las prácticas de ocio, las políticas sociales y la percepción subjetiva del ingreso en ese proceso de autopercepción para abordar allí cómo llegan a corresponderse **los principios de visión y división del mundo social**.* (2019, p. 2, negritas mías)

Reitero, la cita anterior hace hincapié en que hay que tener en cuenta el espacio social para ubicar cada posición clasista y advertir los “principios de visión” que los dirige, domina, etc. Es decir:

la clase social denuncia nuestra presencia, cómo somos, qué hacemos y qué pensamos (...). Los miembros de las clases sociales se diferencian por los espacios geográficos que ocupan y en las relaciones que establecen entre sí, en las imágenes con que se muestran y en la cultura construida colectivamente.
(Sautu, 2011, p. 41)

Me parece bien didáctico el siguiente ejemplo: “cuando se abre la puerta de una oficina o local y una persona entra y habla, muestra su género, su edad, su clase social y su pertenencia étnica” (Sautu, 2011, p. 42). Cuando los políticos se dirigen a una clase social mediante una serie de discursos ¿quiénes se sienten representados? ¿cómo se constituye esa identidad de clase? ¿es correspondiente su autopercepción con el lugar que ocupa el sujeto en el proceso económico de la producción? Estas cuestiones respecto a la condición subjetiva de las posiciones de clase “ha sido elaborado desde distintas perspectivas, tanto desde las tradiciones marxista y lukacsiana (...) como así también desde la weberiana (...) o la funcionalista” (Assusa y Mansilla, 2019, p. 4). En todos los casos, quisiera totalizarlos en la expresión de distorsión cognitiva que utiliza Assusa y Mansilla (2019).

Ahora bien, una cuestión epistemológica para comprender la subjetividad individual y/o colectiva de pertenencia a tal clase social (X) es que los grupos sociales preceden a las clases sociales, pueden ser un colectivo por compartir determinados atributos y objetivos sin haber desarrollado conciencia. Es lo que Karl Marx denominaba

el pasaje de conciencia en sí (momento únicamente económico-corporativo) a conciencia para sí donde se alcanza el momento ético-político. Tener conciencia de los problemas, de los conflictos sociales y la necesidad de resolverlos se construye a partir de lo ideológico. Dicho brevemente, tener conciencia de clase posibilita reconocer sus intereses comunes (materiales) para satisfacer las necesidades de cada hombre y mujer, cuando menos, los que proporcionen un bienestar equilibrado entre trabajo, ocio y consumo.

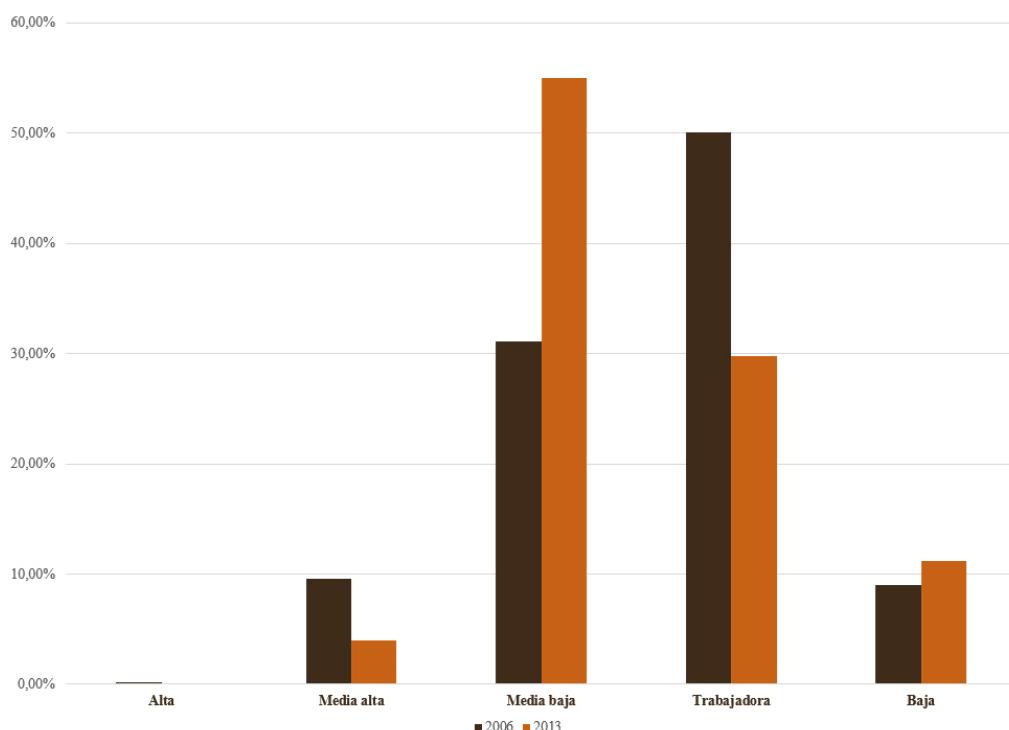
¿Qué sucede si una clase social no adquiere conciencia de clase? O, mejor dicho, si en el camino histórico del 2001 al 2015 esa conciencia se pierde por una movilidad social ascendente de ser clase trabajadora/proletaria a clase media. Quizás, para ser más provocativo aún ¿cómo se reconocen, identifican, los sectores populares, con qué clase social? Estos interrogantes, aunque parezcan triviales, son un desafío para todo/a cientista social: saber encontrar la correspondencia entre la realidad objetiva y la percepción subjetiva. Como la realidad social es compleja y considerando que, desde el periodo 2006-2013 y el año 2017, los sectores populares se encuentran “más perdidos que perro en misa” solo se explica atendiendo a una mirada de larga duración en la que haré un breve análisis de cuatro momentos históricos que, tal vez, permitan comprender el comportamiento de lo popular y su adhesión a ideologías de derecha que corresponden a la burguesía.

Así, expongo a continuación cuatro cortes temporales. El primero, con el Terrorismo de Estado (1976-1982) donde el derecho moderno posibilitó las condiciones para el concepto “subversivo” siendo un término elástico donde podía serlo desde un estudiante del secundario, un docente, un obrero, hasta un militante barrial, donde, mediante el desarrollo de la valorización financiera, los sindicatos pasaron de ser confrontativos a ser de negociación, y la condición del obrero empezó a debilitarse, más aún, la condición de ciudadano pasó a ser considerada como la del mero votante. El segundo momento es el periodo de la hiperinflación en el gobierno de Raúl Alfonsín (1987-1989) donde la presión empresarial y un Estado en condición de ingobernabilidad fue gestando/consolidando los “nuevos pobres” (al decir en el vocabulario neoliberal), esto es, sujetos marginados de la sociedad que se encuentran por fuera de la condición de ciudadano, llegando a revolver la basura para subsistir. El tercer periodo es el “corralito financiero” (2001), donde la legalidad moderna devino en crisis orgánica en la sociedad argentina en todas las dimensiones societales (política, económica y social), donde la línea de la pobreza se extendió como un abanico, lo que dinamitó en la consigna “que se vayan todos”, pues los resortes institucionales del Estado seguían lógicas del mercado por sobre la vida. Y el cuarto momento es la llegada de una coalición política “Cambiemos”, siendo la primera vez —en lo que va del siglo XXI— el triunfo de la derecha argentina con la asunción presidencial de Mauricio Macri (2015-2019).

¿En qué momento se fue estructurando en los medios de comunicación el ejercicio de microviolencias hacia los sectores populares y políticas de compromiso social? Para una posible respuesta, me interesan e interpelan como académico, tres momentos de nuestro país: 1) el conflicto con el campo en el 2008; 2) la asunción presidencial de Macri en 2017; y 3) el reciente gobierno de Javier Milei en 2023, Acerca del cual solo mencionaré algunas cuestiones aquí y ahora por cuestiones de espacio, pero que me parecen que son

acontecimientos propicios para explicar la coyuntura actual donde hay una *derechización de lo popular*. Si apelamos a la memoria reciente, su campaña política fue de farándula sin el desarrollo de propuestas políticas coherentes o, en todo caso, formuladas con claridad, solo frases huecas: “el fin de la casta”, “El Estado es un enemigo”, “hay que dolarizar y eliminar el Banco Central”, etc.¹ Asimismo, Milei realizó promesas de campaña con una motosierra en la mano, reivindicando el gobierno neoliberal de Carlos Menem (1989-1999), por su parte, la vicepresidenta Victoria Villarruel está a favor de la última dictadura militar-burguesa (1976-1983). Por ello, cabe preguntarse ¿Por qué triunfó en las elecciones la Libertad Avanza? Una respuesta es que se generó una cultura popular de derechas a partir del “desencanto democrático” y la difusión de ideologías de derechas a través de diferentes instrumentos de comunicación donde fueron un “caldo de cultivo” para propiciar microviolencias que van desde los insultos, la descalificación agresiva, las bromas y estigmatización; estas son una constante que comienzan a tener su proceso de construcción en Argentina en el primer lustro del siglo XXI.

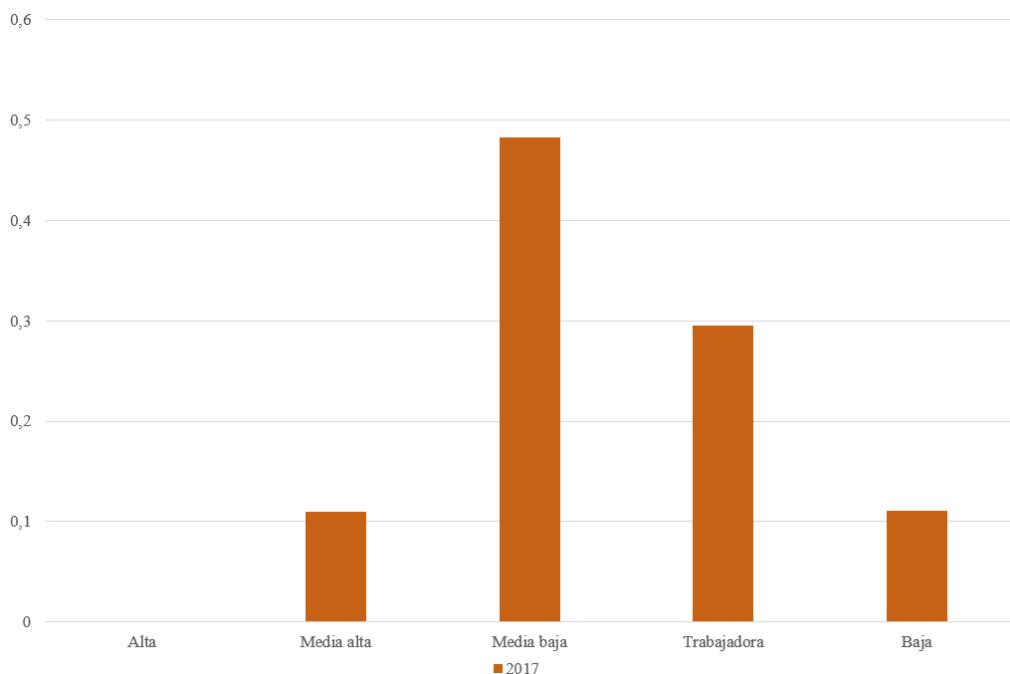
Gráfico 1. Posicionamiento subjetivo de clase social en Argentina (2006-2013)



Fuente: Elaborado por Gonzalo Assusa y José Javier Rodríguez de la Fuente (2024).

¹ La Nación. (2023, 16 de agosto). *Las 15 frases más resonantes de Javier Milei, el candidato más votado de las PASO 2023*. <https://www.lanacion.com.ar/politica/las-15-frases-mas-resonantes-de-javier-milei-el-candidato-mas-votado-de-las-paso-2023-nid15082023/>

Gráfico 2. Posicionamiento subjetivo de clase social en Argentina (2017)



Fuente: Elaborado por Gonzalo Assusa y José Javier Rodríguez de la Fuente (2024).

Como mencioné en apartados anteriores, la movilidad social ascendente ocluye la conciencia de clase, un aspecto que me parece harto interesante y evidente cuando uno observa el posicionamiento subjetivo de la clase social en Argentina desde el 2006 hasta el 2017 (Gráficos 1 y 2)² porque hay un desarrollo, crecimiento formidable de la percepción de pertenecer a la clase media, tal es así que para el 2017 se incluye a más del 50 % de la población argentina. ¿Será así? ¿será? No es casual que esta percepción generalizada de clase media se haya constituido durante la consolidación de la valorización financiera desde la década de 1990, donde hay una tendencia a coaliciones de partidos políticos, fragmentación del sindicalismo y una democracia política liberal más no sustantiva, social.

Siguiendo a Wright (2015, p. 45), es posible pensar que la subjetividad en la clase media —dominante en los datos— refleja tanto aspiraciones como mecanismos ideológicos de identificación. Este “desplazamiento hacia el centro” también ha sido interpretado como una forma de invisibilización de las desigualdades estructurales. Es decir, la referencia de desplazamiento debe entenderse como amortiguador entre las clases dominantes y subordinadas, neutralizando el potencial conflictivo de la conciencia de clase. Es más, la tendencia de autopercepción de la clase media puede

² Los datos utilizados por parte de Gonzalo Assusa y José Javier Rodríguez de la Fuente (2024) surgen de la ESAyPP/PISAC-Covid19 relevada en la Argentina urbana entre octubre y diciembre de 2021 (Dalle & Di Virgilio, 2022).

estar mediada por posiciones estructurales contradictorias, tal como lo propone Wright (2015). Estas posiciones, que no se alinean claramente con el capital ni con el trabajo, favorecen identificaciones ambiguas.

Los sectores populares cada vez más cercanos a la pobreza

En Argentina, la cuestión de la pobreza “debe ser enmarcado en diversos procesos que generan desigualdad social, que expresan al orden social vigente. Es por ese motivo que la pobreza debe ser entendida y abordada como un fenómeno multidimensional y relacional” (Lecaro, 2018, p. 3). Para ello, hay una serie de indicadores que posibilitan una mayor comprensión y explicación acerca de las desigualdades en nuestras sociedades latinoamericanas.

Una medición conocida es el de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI). Desde esta perspectiva metodológica, “se elige una serie de indicadores censales que permiten contrastar si los hogares satisfacen o no algunas de sus necesidades principales. Una vez realizado, se puede construir ‘mapas de pobreza’” (Lecaro, 2018, p. 4). De lo cual, mal que nos pese, hay cinco niveles/criterios de pobreza: 1) Vivienda de tipo inconveniente, 2) vivienda sin cuarto de baño, 3) hacinamiento crítico, 4) hogares con niños de edad escolar (6 a 12 años) que no asisten a la escuela, y, 5) hogares con cuatro o más personas por miembro ocupado y en los cuales el jefe de hogar tiene bajo nivel de educación. Por cierto, es necesario destacar que “la aplicación del método NBI en América Latina fue realizado por el INDEC en Argentina, con la asesoría de la CEPAL” (Lecaro, 2018, p. 4). Esta perspectiva metodológica ha tenido la capacidad de constituirse como una pieza clave para el diseño de políticas sociales, realización de estudios concretos a partir de censos poblacionales y utilización del hogar como unidad de análisis para realizar una comparación (similitudes y diferencias) con otras unidades domésticas.

Por otra parte, está la medición de desigualdades a partir de la Pobreza por Ingresos que constituye una de las medidas más utilizadas para analizar la estructura societal. Se trata de un método indirecto y unidimensional “que se aplica comparando los totales de ingresos declarados por los miembros del hogar, con los ingresos estimados como umbrales” (Lecaro, 2018, p. 6). Asimismo, para identificar a hombres y mujeres que están bajo la Línea de Pobreza (LP) se tiene presente una Encuesta Permanente de Hogares (EPH) y a partir de allí según la explicación de Patricia Lecaro (2018, p. 6):

se establece si éstos tienen capacidad de satisfacer, por medio de la compra de bienes y servicios, un conjunto de necesidades alimentarias y no alimentarias consideradas esenciales. El procedimiento parte de utilizar una Canasta Básica de Alimentos (CBA) y ampliarla con la inclusión de bienes y servicios no alimentarios (vestimenta, transporte, educación, salud, etc.) con el fin de obtener el valor de la Canasta Básica Total (CBT).

Me resulta estimulante esta perspectiva metodológica, ya que aborda, en un lenguaje claro, la cuestión de si hay un plato de comida en los hogares, lo que se relaciona

con la soberanía alimentaria. Así, aquellos que no logran superar el valor básico de la canasta alimentaria son clasificados como pobres indigentes. Por otro lado, se considera “pobre” a aquellas personas que, teóricamente, no superan la Canasta Básica Total. Esta clasificación resalta la importancia de la alimentación en la evaluación de la pobreza y las condiciones de vida.

Continuando con los análisis de desigualdad, hay que considerar el Barómetro de la Deuda Social (UCA) que analiza el desarrollo integral de las personas —en materia económica, social y cultural— a la vez que, *pari passu*, el efecto de las políticas públicas es lo que hace tener una mirada societal que recupera la totalidad, es decir, tiene presente cuestiones etarias, sanitarias, alimentarias y educativas. En una sintonía afin, me parece que puede mencionarse también aquí otra estrategia de análisis como la Pobreza Energética que es la situación que “sufren los hogares que son incapaces de pagar los servicios mínimos de energía que satisfagan sus necesidades domésticas básicas o que se ven obligados a destinar una parte excesiva de sus ingresos a pagar las facturas energéticas de sus viviendas” (Lecaro, 2018, p. 11). Es más, en el año que Lecaro escribió el artículo (2018), daba cuenta de que tristemente la pobreza energética afecta a más del 50 % de la población argentina. No es un dato menor que la Organización Mundial de la Salud refirió que “la pobreza energética aumenta un 30 % la mortalidad estacional en invierno” (2018, p. 12). Claro está, la desigualdad de recursos mata.

Por último, quisiera mencionar la pobreza de tiempo como instrumental teórico de análisis en nuestras sociedades donde la “tiranía del reloj” afecta con fuerza a los sectores más vulnerados, pobres y marginados de cualquier territorio latinoamericano. La pobreza de tiempo permite comprender que no afecta a todos por igual y, aquí, con respecto a la cuestión del género se torna necesario explicitar por qué las mujeres pobres, por la capacidad de ingresos, no tienen tiempo para otras necesidades vitales como el descanso, el ocio, el cuidado de la salud. Me refiero a que la mujer se encuentra sobreexplotada en el régimen capitalista porque si adquiere un trabajo (in)formal también tiene aparte, muchas veces, el trabajo doméstico no remunerado. En líneas generales, la pobreza de tiempo debe ser considerado a partir de “los mercados laborales, las estructuras demográficas, las políticas redistributivas y la protección social” (Lecaro, 2018, p.14).

Colofón

En este trabajo, he intentado explorar la formación y el desarrollo de la estratificación y estructura social en Argentina en un periodo que se inserta entre el 2001 y 2015 sin perder de vista el “cuadro completo”, es decir, la totalidad latinoamericana y, por ello, cuando consideré necesario, utilicé algunas comparaciones (similitudes y diferencias) con otras regiones. Asimismo, he tratado de combinar diferentes escalas temporales que van desde el acontecimiento, la coyuntura hasta la larga duración para enriquecer la explicación acerca de lo social (grupos, clases sociales, comportamientos, intereses y desigualdades).

Dentro de las clases sociales, también dediqué algunos párrafos a complejizar la cuestión con las categorías analíticas de género y etnia, algo necesario si trata de comprenderse el cambio social en Nuestra América y en lo que va del siglo XXI. Clase

social, género y etnia se solapan y convergen, y saber articular estas dimensiones puede ser clave para el desarrollo de políticas públicas y sociales que garanticen una mejor calidad de vida frente a las numerosas desigualdades. A pesar de lo que pueda incomodarnos, la desigualdad social es el núcleo duro del capitalismo, especialmente arraigado en América Latina. Esto se ha intensificado desde la década de 1970 con el auge de la valorización financiera, que ha tratado a la ciudadanía como meros votantes y consumidores, en lugar de reconocer su plena dignidad y derechos.

Si se trata de un análisis de larga duración (1970-2020), cualquier observador dará cuenta del incremento exponencial de la pobreza en hombres, mujeres y niños que no pueden satisfacer siquiera los derechos fundamentales (vivienda, alimentación, salud y educación) y esto es un peligro no solo para la Argentina sino en Nuestra América. Me refiero a peligro porque la persistencia de la desigualdad es un correlato de la rigidez de la movilidad social generadora de serias restricciones para un dinamismo ascendente y allí es necesario estudiar las clases sociales con el régimen político democrático. El análisis del posicionamiento subjetivo de clase social en Argentina durante el periodo 2007-2015 permite advertir una persistente autoidentificación con la clase media típica, incluso entre sectores con condiciones materiales de vida que podrían corresponder a la clase trabajadora o a la clase baja. Esta tendencia se confirma de forma sostenida en los gráficos, donde más del 50 % de la población se ubica en ese segmento en prácticamente todos los años relevados. Tal fenómeno debe ser interpretado como un dato relevante, no solo estadístico sino también político y cultural.

Este patrón de autopercepción puede ser leído como una forma de *desclaseamiento simbólico*, en el cual los sujetos adoptan identificaciones aspiracionales, despegadas de su situación objetiva, posiblemente en respuesta a narrativas meritocráticas o al peso de una tradición nacional que asocia el ser argentino con “ser clase media”. Esta autodefinición masiva en la clase media funciona como un reaseguro simbólico de pertenencia, pero también como un obstáculo para la constitución de identidades de clase antagonistas y solidarias, lo cual incide en las formas de representación política. En este sentido, la evidencia empírica analizada permite sostener la hipótesis de que dicha autopercepción de clase, al estar desanclada de las condiciones materiales concretas, facilita fenómenos de derechización ideológica y electoral, al erosionar el potencial de una conciencia de clase con orientación igualitaria. Esto no significa que toda autopercepción como “clase media” implique una subjetividad conservadora, pero sí que se abre un campo propicio para la internalización de discursos centrados en el esfuerzo individual, el consumo y la responsabilización personal por la desigualdad. Por tanto, el trabajo invita a revisar críticamente la estructura social desde la óptica de las representaciones de clase, interrogando no solo cómo viven los sujetos sino cómo se piensan y se narran. Esta dimensión simbólica debe ser considerada como una variable clave en la configuración del conflicto social contemporáneo.

A modo de cierre, la *derechización de lo popular* corresponde en buena medida a la desazón democrática que no ha tenido la capacidad de resolver problemas estructurales como la pobreza y, por otro lado, la burguesía desde la formación de los

Estados-modernos latinoamericanos se ha caracterizado por ser antidemocrática. A partir del análisis de los gráficos, se puede considerar que, en los primeros lustros del siglo XXI en Argentina, la clase trabajadora ha perdido en gran medida su conciencia de clase, así como la comprensión de sus intereses. Además, se ha debilitado la percepción de que la búsqueda del bienestar social es un objetivo colectivo, en lugar de depender de soluciones individuales.

Referencias bibliográficas

- Atria, R. (2004). Estructura ocupacional, estructura social y clases sociales. Santiago de Chile: CEPAL.
- Assusa, G. & Mansilla, H. (2019). "La clase social como posición y representación. Un análisis sociológico de la autofiliación en la estructura social". *Lavboratorio*, 29, 87-112. ISSN 1515-6370; e-ISSN: 1852-4435.
- Assusa, G. & Rodríguez de la Fuente, J. (2024). "No todos somos de clase media. Estratificación subjetiva en la Argentina contemporánea". *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, 42, 1-27. ISSN: 0185-4186; e-ISSN: 2448-6442.
- Boccardo Bosoni, G. (2010). "Tendencias de cambio en la estructura social de América Latina y el Caribe hoy. Un debate interrumpido". *Revista De Sociología*, 23, 91-115. ISSN: 0719-529X.
- Dalle, P., Carrascosa, J., Lazarte, L., Mattera, P. & Rogulich, G. (2015). Reconsideraciones sobre el perfil de la estructura de estratificación y la movilidad social intergeneracional desde las clases populares en Argentina a comienzos del siglo XXI. *Lavboratorio*, 26, 255-280. ISSN 1515-6370; e-ISSN: 1852-4435.
- Dalle, P. & Di Virgilio, M. (2022). Estructura social de Argentina y políticas públicas durante la pandemia de Covid-19: el diseño de una encuesta nacional comparativa interregional. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, Recuperado de: <https://www.relmecs.fahce.unlp.edu.ar/article/view/relmecse118/16721>; DOI: <https://doi.org/10.24215/18537863e118>
- Dubet, F. (2020). La época de las pasiones tristes: De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Faletto, E. (1993). Formación histórica de la estratificación social en América Latina. *Revista de la CEPAL*, 50, 163-180. E-ISSN: 1682-0908
- Filgueira, C. & Geneletti, C. (1981). La actualidad de viejas temáticas: sobre los estudios de clase, estratificación y movilidad social en América Latina. Santiago de Chile: CEPAL.
- Solís, P., Benza, G. & Boado, M. (2016). "Movilidad intergeneracional de clase: una aproximación sociológica al estudio de la movilidad social". En A. Solís & M. Boado (comps.), *Y sin embargo se mueve. Estratificación y movilidad intergeneracional de clase en América Latina* (pp.1-30). Ciudad de México: Centro de Estudios Espinosa Iglesias.

- Lecaro, P. (2018). "Las múltiples formas de medir los procesos de empobrecimiento" (Documento de cátedra) Facultad Ciencias Política y Sociales, Estructura Social, UNCUYO.
- Sautu, R. (2011). El análisis de las clases sociales: teorías y metodologías. Buenos Aires: edición Luxemburgo.
- Segura, R. (2014). "El espacio urbano y la (re)producción de desigualdades sociales. Desacoplos entre distribución del ingreso y patrones de urbanización en ciudades latinoamericanas". *Working Paper Series 65*. Berlín: International Research Network on Interdependent Inequalities in Latin America.
- Riveiro, M. (4-5 de noviembre de 2011). *Los ángeles no tienen sexo. La movilidad social sí*. I Seminario Internacional Desigualdad y Movilidad Social en América Latina. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), Mar del Plata, Buenos Aires, Argentina.
- Wright, E. O. (2015). Clases. Buenos Aires: Siglo XXI.

